

pero útiles, convendría á la naci6n mas que un aventurero extraordinario, inventando continuamente nuevos planes, imaginando nuevas leyes, y no creyendo reinar sino cuando consigue turbar los pueblos destruyendo por la noche lo que ha creado por la mañana. Luis XVIII no solo tiene esas ideas fijas, esa moderacion y ese buen sentido, tan necesario á un monarca, sino que ademas es aficionado á las letras; es instruido y elocuente como muchos de los antiguos reyes; tiene una imaginacion fecunda é ilustrada y está dotado de un carácter enérgico y filosófico. Elijamos entre Bonaparte que volverá con su sangriento código de quintas, y Luis XVIII dispuesto á cicatrizar nuestras heridas, que se presenta con el código de Luis XVI en la mano, y que en el momento de su consagracion repetirá aquellas palabras escritas por su virtuoso hermano:

« Perdono de todo corazón á los que sin darles motivo se han hecho enemigos míos y ruego á Dios se lo perdone. » Monsieur, el conde de Artois de carácter tan franco, tan leal y tan francés se distingue al presente por su piedad, dulzura y buenos sentimientos como en su infancia se distinguió por sus elevadas maneras y sus gracias régias. Bonaparte huye confundido por la mano de Dios, pero no corregido por la adversidad; á medida que retrocede del país que se substrahe á su tiranía, arrastra en pos de si desgraciadas víctimas cargadas de cadenas: en las últimas prisiones de Francia es donde ejerce los últimos actos de su poder. Monsieur viene solo, sin soldados, sin apoyo, sin ser conocido de los franceses á quienes se presenta. Los pueblos al oír su nombre se postran en tierra; besan respetuosamente sus vestidos, abrazan sus rodillas y le dicen derramando torrentes de lágrimas: « No os traemos mas que nuestros corazones: solo eso es lo que Bonaparte nos ha dejado! Fácil es conocer por el modo con que el uno sale de Francia y el otro entra en ella quién tiene por su parte la legitimidad, y quién está manchado con la usurpacion.

En otro punto de las provincias francesas se ha presentado el señor duque de Angulema: Burdeos se ha arrojado á sus brazos, y el país de Enrique IV ha reconocido entre trasportes de júbilo al heredero de las virtudes del Bearnés. No han visto los ejércitos de Francia caballero mas cumplido que el señor duque de Berry. El señor duque de Orleans con su noble fidelidad á la sangre de su rey, demuestra que su nombre será siempre uno de los mas hermosos de Francia. He hablado de las tres generaciones de héroes, el señor príncipe de Condé y el señor duque de Borbon! dejaré á Bonaparte nombrar la tercera.

No sé si la posteridad podrá creer que tantos príncipes de la casa de Borbon han sido proscritos por un pueblo que les debía toda su gloria, sin poder acusarles de ningún crimen, sin poder achacarles la desgracia por tiranías ejercitadas por el último rey de su raza; no; el porvenir no podrá comprender que haya desterrado la Francia á unos príncipes tan buenos, tan dignos hijos de la patria, para poner al frente de esta á un extranjero que es el mas malvado de los hombres. Concíbese en cierto modo la instalacion de la república: puede un pueblo en un momento de exaltacion, querer cambiar la forma de gobierno y desconocer la autoridad del jefe supremo; mas en el caso de volver á adoptar el sistema monárquico, es el colmo de infamia y de ignorancia quererlo establecer sin el soberano legítimo é imaginarse que pueda sin este existir la monarquía. Modifíquese cuanto se quiera la constitucion de aquella monarquía; pero nadie tiene derecho de cambiar el monarca. Puede acontecer que un rey cruel y tiránico, que quebranta todas las leyes, que priva á todo un pueblo de sus libertades, sea destronado por una revolucion violenta, pero en esos casos extraordinarios, la corona pasa á su hijo, ó á

su mas inmediato heredero. ¿Ha sido tirano Luis XVI? ¿Podemos hacer cargos á su memoria? ¿En virtud de qué autoridad privamos á su raza de un trono que por tantos títulos le pertenece? ¿Por qué extravagante capricho hemos dado á Bonaparte la herencia de Roberto el Fuerte? Este Roberto el Fuerte descendia verosimilmente de la segunda raza y esta como es consiguiente estaba unida con la primera. Era conde de París. Hugo-Capeto como francés, trajo á sus compatriotas la ciudad de París, herencia paterna, y bienes y dominios inmensos. La Francia tan pequeña en tiempo de los primeros Capetos se enriqueció y aumentó en el reinado de sus descendientes. Y en provecho de un oscuro isleño, cuya fortuna ha sido preciso fraguar á costa de toda la de los franceses, hemos destruido la ley sálica, paladion de la Francia? ¿Cuan diferentes eran de nosotros en opiniones y sentimientos nuestros padres! Cuando murió Felipe de Valois en perjuicio de Eduardo III, rey de Inglaterra, prefiriendo condenarse á sufrir dos siglos de guerras á dejarse gobernar por un extranjero. Esta noble resolucion produjo la gloria y la gradeza del reino: el oriflama fue despedazado en los campos de Crecy, de Poitiers y Arincourt, mas sus girones triunfaron por último de la bandera de Eduardo III y Enrique V. El grito de *Montjoie Saint-Denis* sofocó el de todas las facciones. En la muerte de Enrique III volvió á suscitarse la misma cuestion hereditaria y entonces fue cuando el Parlamento expidió el célebre decreto por el cual la Francia cuenta en el número de sus reyes á un Enrique IV, y á un Luis XIV. Y sin embargo no eran innobles las cabezas de los Eduardos III, Enrique V, Duques de Guisa, é infantes de España que se presentaron á disputar la corona! ¡Dios eterno! ¿Qué se ha hecho pues el orgullo de la Francia! Una nacion que rehusó admitir tan grandes soberanos á trueque de conservar su raza francesa y real, ha venido á parar en elegir á un Bonaparte!

En vano se pretenderia decir que Bonaparte no es extranjero; lo es á los ojos de toda la Europa, y de todos los franceses imparciales: lo será en el fallo de la posteridad, que acaso le adjudicará la mayor parte de nuestras victorias, y nos achacará parte de sus crímenes. Bonaparte no tiene nada de francés ni en sus costumbres, ni en su carácter. Hasta en las facciones del rostro revela su origen. El idioma que aprendió en la cuna no es el de la Francia, y en su pronunciacion, así como en su apellido se echa de ver la patria. Sus padres pasaron mas de la mitad de su vida siendo súbditos de la república de Génova, y él mismo usa de mas sinceridad que sus aduladores, pues no reconociéndose por francés nos aborrece y desprecia. Mas de una vez se le han escapado las siguientes palabras: *He aquí lo que sois vosotros los franceses*. En cierto discurso habló de Italia, como de su patria, y de la Francia, como de una conquista. Si Bonaparte es francés, será preciso convenir en que Santos Loubertoure tenía mejores títulos que él para serlo; pues al fin habia nacido en una antigua colonia francesa que estaba gobernada por las leyes francesas, y el estado libre á que pertenecía por su nacimiento le daba derechos de súbdito y ciudadano. ¡Y un extranjero educado por la caridad de los reyes franceses ha usurpado su trono y arde en deseos de derramar su sangre! ¡Nos interesamos por su infancia y ahora nos sumerge en un abismo de dolor! ¡Justa y providencial compensacion! Los galos saquearon á Roma, y los romanos oprimieron á los galos: los franceses han desolado mas de una vez la Italia, y los Médicis, los Galigai y los Bonapartes nos han desolado á su vez. La Francia y la Italia deberían al fin conocerse, y renunciar para siempre á toda mútua relacion. ¡Qué grato será reposar por último de tantas agitaciones y desgracias bajo la paternal autoridad de un soberano legítimo! Si por

un momento pudieron los franceses ser súbditos de la gloria que sus armas habian derramado sobre Bonaparte, ahora que este se ve despojado hasta de su gloria sería una insensatez seguir siendo esclavos de sus crímenes. Rechacemos á ese opresor como todos los demás pueblos lo han rechazado. No se diga de nosotros que hemos dado muerte al mejor y mas virtuoso de los reyes: que nada hicimos por salvar su vida y hoy derramamos nuestra última gota de sangre, y sacrificamos los últimos restos de la patria, por sostener á un extranjero á quien por otra parte abominamos. ¿Con qué razones esta Francia infiel justificaria su abominable fidelidad? Preciso sería en tal caso confesar que nos complacen los atentados; que los crímenes nos encantan y que solo la tiranía es el gobierno que nos conviene. ¡Ah! Si las naciones extranjeras cansadas por último consintieran á dejarnos ese insensato; siuviésemos suficiente hajeza de comprar, por una parte de nuestros territorios la infamia de conservar en medio de nosotros el germen de la peste y el azote de la humanidad, sería preciso huir al fondo de los desiertos, cambiar de nombre y de idioma, y olvidar y hacer que los demás pusieran en olvido que habiamos sido franceses.

Pensemos en la dicha de una patria común; no perdamos de vista que nuestra suerte depende de nosotros mismos: una palabra puede volvernos á dar la gloria, la paz y el aprecio del mundo ó sumergirnos en la mas espantosa é innoble esclavitud. Restauremos la monarquía de Clodoveo, la herencia de San Luis, y el patrimonio de Enrique IV. Unicamente los Borbones convienen hoy á nuestra situacion desgraciada: solo sus manos pueden curar nuestras heridas. La moderacion, la paternidad de sus sentimientos, y sus propias adversidades, se adaptan á un reino extenuado, y cansado de convulsiones y desgracias. Con ellos todo será legítimo; sin ellos nada. Su presencia hará renacer el orden, cuyo principio representan para nosotros. Ellos son nobles y bizarros caballeros, tanto ó mas franceses que nosotros mismos. Esos señores cuya divisa son las flores de lis han sido en todos tiempos célebres por su lealtad; tan arraigados están en nuestras costumbres que al parecer forman parte de la misma Francia y su ausencia aflige en estos momentos como la falta del aire y del sol.

Mas si con ellos debe volver la paz, si ellos solos pueden poner término á esta demasiado larga revolucion, el regreso de Bonaparte, por el contrario, nos sumergiria en horribles calamidades y en interminables desavenencias. ¿Puede acaso la imaginacion mas fecunda prever lo que sería aquel monstruoso gigante encerrado en sus estrechos límites, no pudiendo ya devorar los tesoros del mundo, ni seguir derramando la sangre de Europa? ¿Puede nadie representárselo encerrado en una corte arruinada y envilecida, descargando únicamente sobre los franceses su rabia, sus venganzas y su genio turbulento? Bonaparte no ha cambiado; ni cambiará nunca. Constantemente seguirá inventando planes, leyes y decretos absurdos, contradictorios ó criminales. Siempre seguirá atormentándonos y no dando la suficiente seguridad á nuestras vidas, á nuestra libertad y á nuestras propiedades. En tanto que tenga en su mano elementos para turbar el mundo, se dejará dominar del afán de trastornar nuestras familias. Unicos esclavos en medio de un mundo libre, objeto del desprecio de los pueblos, el último grado de nuestra miseria sería no sentir el peso de nuestra hajeza, y adormecernos, como un esclavo de Oriente, indiferentes al cordon que el sultan nos enviara al despertar.

No, no sucederá así. Tenemos un príncipe legítimo, oriundo de nuestra sangre, educado entre nosotros, á quien conocemos, que nos conoce, que tiene nuestras mismas inclinaciones, usos y costumbres; por quien hemos rogado á Dios en nuestra infancia;

cuyo nombre es tan familiar á nuestros hijos como el de sus vecinos, y cuyos padres vivieron y murieron con los nuestros. ¿Por haber obligado nosotros á nuestros antiguos príncipes á ser viajeros será para ellos la Francia una propiedad que habrá caducado? ¿y aun en este caso deberá seguir en posesion de ella Bonaparte por su derecho de extranjero no naturalizado? ¡Ah! no incurramos por Dios en tal deslealtad: no desheredemos á nuestro señor natural para dar su lecho al primero que se presente pidiéndolo. Si nos faltasen nuestros señores legítimos, el último francés sería preferible á Bonaparte para gobernarnos; pues á lo menos no tendríamos el baldon de estar sometidos á un extranjero.

No me resta mas que probar que si el restablecimiento de la casa de Borbon es necesario á la Francia, no lo es menos á la Europa entera.

DE LOS ALIADOS.

No considerando por de pronto mas que las razones particulares, ¿habrá algun hombre en el mundo que haya querido fiarse nunca en la palabra de Bonaparte? ¿No es un punto de su ordinaria política y una de las inclinaciones de su corazón el hacer consistir la habilidad en engañar, en considerar la buena fe como una fullería y como señal de una capacidad limitada, y en burlarse de la santidad de los juramentos? ¿Ha cumplido ni uno solo de los tratados que celebró con las diversas potencias de Europa? Siempre ha llevado á cabo sus mas sólidas conquistas violando algun artículo de aquellos tratados antes de declarar la guerra: rara es la vez que ha evacuado una plaza que debía devolver, y ahora mismo que se ve abatido aun retiene en su poder algunas fortalezas de Alemania como fruto de sus rapiñas y testigos de sus engaños.

Atado será de manera que no podrá proseguir en sus atentados.—En vano lo debilitarais desmembrando la Francia, estableciendo guarnicion en las plazas fronterizas por un número de años; obligándole á pagar sumas considerables, reduciéndole á no tener mas que un pequeño ejército y á destruir su sistema de quintas; todo será en vano. Bonaparte, (volveremos á repetirlo) siempre es el mismo. La adversidad no ejerce accion sobre él, por la razon de no haber sido nunca superior á la fortuna. Estará meditando en silencio su venganza: de repente despues de uno ó dos años de reposo, cuando la coalicion se haya disuelto, cuando cada potencia habrá vuelto á sus Estados, volverá á llamar la Francia á las armas, se aprovechará de las generaciones que se habrán ido desarrollando, arrebatará plazas, franqueará las líneas de seguridad é inundará nuevamente á la Alemania. Aun en este momento de nada mas habla que de ir á incendiar á Viena, á Berlin y á Munich; no puede resignarse á soltar la presa. ¿Volverian en este caso bastante á tiempo los rusos desde las orillas del Boristhenes para salvar por segunda vez á la Europa? ¿Esta maravillosa alianza, obra de 25 años de sufrimientos, podrá volver á anudarse rotos que sean una vez todos sus hilos? ¿No habrá hallado Bonaparte el medio de corromper algunos ministros, seducir algunos príncipes, dispartar antiguas rivalidades, y hacer entrar acaso en sus intereses á algunos pueblos cuya ceguedad llegue hasta el punto de combatir bajo sus banderas? Por último ¿ocuparán los tronos los mismos príncipes que hoy reinan? ¿No podria un cambio de dinastía traer consigo un cambio de política? Potencias que tantas veces han sido engañadas ¿podrian repentinamente adquirir una confianza que causaria su ruina? ¿Cómo! ¿Habrian podido olvidar el orgullo de aquel aventurero que las ha tratado

con tal insolencia, que se jactaba de que había reyes que le hacían ante-sala, que daba órdenes á los soberanos; establecía espionaje hasta en sus gabinetes, y decía en alta voz que su *dinastía* sería antes de 10 años la más antigua de Europa? ¿Podrían los soberanos tratar con un hombre que les ha prodigado ultrajes que tal vez no aguantaría un simple particular! Una hermosa reina era la admiración de Europa por su belleza, su valor y virtudes, ese hombre ha adelantado la muerte de esta señora haciéndola blanco de los más bajos y rastreros ultrajes. La santidad de los reyes, y el decoro no me dejan repetir las calumnias, las groserías, las innobles bufonadas que ha prodigado á la vez sobre los reyes y sobre los ministros que en este momento le dictan la ley en su palacio. Aun cuando las potencias despreciasen personalmente esos ultrajes, no pueden, ni deben despreciarlos por el interés y la magestad de los tronos: porque esas potencias deben hacerse respetar de los pueblos: romper la cuchilla del usurpador, y desvirtuar para siempre ese abominable derecho del más fuerte en el cual Bonaparte fundaba su orgullo y su imperio.

Además de estas observaciones particulares se presentan otras de más elevada naturaleza, y que por sí solas pueden hacer que las potencias aliadas se resuelvan á no reconocer á Bonaparte por soberano.

Importa al reposo de los pueblos, importa á la seguridad de las coronas y á la vida, así como á la familia de los soberanos el que un hombre salido de las últimas filas de la sociedad no pueda impunemente sentarse en el trono de su señor, figurar entre los soberanos de Europa, darles el nombre de *hermanos*, y encontrar en las revoluciones que lo han elevado fuerza bastante para contrabalancear los derechos de la raza legítima. Si se llega á dar un ejemplo de esta naturaleza, ningún monarca tendrá en lo sucesivo segura su corona. Si el trono de Clódoceo puede ser en plena civilización abandonado á un Corso, en tanto que los hijos del santo rey Luis andan errantes por el mundo, ningún rey podrá decir hoy con seguridad que mañana reinará. Reflexiónese en lo que voy á decir: todas las monarquías de Europa son poco más ó menos hijas de las mismas costumbres y de los mismos tiempos: todos los soberanos son en realidad una especie de hermanos unidos por la religión cristiana y la antigüedad de los recuerdos. Una vez roto este hermoso y magnífico sistema, ocuparán los tronos razas nuevas que harán predominar otras costumbres, otros principios y otras ideas, y en tal caso se acabó, se acabó la Europa antigua, pues en el curso de unos pocos años, una revolución general habrá cambiado la sucesión de todos los soberanos. Deben por lo tanto los reyes defender la casa de Borbon como si defendieran su propia familia. Esto que es una verdad considerado por lo tocante á las relaciones de la monarquía, es también cierto por lo que hace á las relaciones naturales. No hay un solo rey en Europa que no tenga sangre de los Borbones en sus venas; y que no deba considerarlos como ilustres y desgraciados parientes. Demasiado saben ya los pueblos que les es dado conmover los tronos. A los reyes toca demostrar que si los tronos pueden ser conmovidos, jamás podrán llegar á ser derrocados, y que las coronas, afortunadamente para el mundo, no dependen de los triunfos del crimen ni de los caprichos de la fortuna.

También importa á la Europa civilizada que la Francia, que por su situación y carácter es como su alma y corazón se mantenga dichosa, floreciente y pacífica, y esto no puede ser sino reinando sus antiguos monarcas. Cualquiera otro gobierno prolongaría en este país las convulsiones que se dejan sentir hasta en el extremo opuesto del mundo. Solo los Borbones ofrecerán por la magestad de su raza, por la legitimidad de sus derechos y por la moderación de su ca-

rácter una suficiente garantía á los tratados, y cicatrizarán las heridas del mundo.

Todas las leyes morales se hallan como suspendidas bajo el reinado de los tiranos, al modo que en Inglaterra se suspende en tiempos de turbulencia el acta en que estriba la libertad de los ciudadanos. Cada cual sabe que no obra bien y que no camina por buen sendero, pero cada cual se somete y se deja oprimir, y falseando hasta las inspiraciones de la conciencia, cumple escrupulosamente con las órdenes más opuestas á la justicia. La excusa que en tal caso se da, es que se esperan días más felices; que el orden será restablecido, y por último, que aquella época es una época de iniquidades por la que es preciso pasar como por un período de desgracias. Mas en tanto que la hora de mejorar de situación llega, el tirano hace cuanto se le antoja: es obedecido y empeña si quiere todo su pueblo en una guerra, y lo oprime y lo exige cuanto quiere sin que nadie pueda rehusárselo. Esto es imposible que suceda con un monarca legítimo: todo el mundo gobernado por un cetro legal, se halla en goce de sus derechos naturales y en ejercicio de sus virtudes. Si el rey quisiera traspasar los límites de su poder, tropezaría con obstáculos insuperables: todas las corporaciones le saldrían al paso: todos los individuos hablarían oponiéndole la razón, la conciencia y la libertad. Hé aquí el motivo por qué Bonaparte dueño de una sola ciudad de Francia es más temible que los Borbones con toda la Francia hasta el Rhin.

Por otra parte ¿pueden los reyes dudar acerca de la opinión de Francia? ¿Creen que habrían podido llegar tan fácilmente hasta el Louvre, si la Francia no los hubiese recibido como libertadores? ¿No han visto manifiestas señales de esta esperanza en todas las ciudades donde han entrado? ¿Qué se oye en Francia desde seis meses á esta parte, sino: *Han llegado los Borbones? ¿Endónde están los príncipes? ¿Vendrán? ¡Ah! ¡Si se viera una bandera blanca!* No hay corazón que no esté poseído de horror al usurpador: tanto es el encono que inspira, que ha sofocado en un pueblo guerrero todo lo que hay de duro en la presencia de un enemigo, y se ha sometido á sufrir la invasión de un momento por no tener que tolerar á Napoleón toda la vida. Si los ejércitos se han batido, nada más podemos hacer que admirar su valor, y deplorar sus desgracias: ellos detestaban al tirano tanto ó más que el resto de los franceses; pero habían empuñado un juramento, y los granaderos franceses mueren antes que quebrantar su palabra. La vista de la bandera militar inspira fidelidad; desde nuestros padres, los francos, hasta nuestros soldados, viene cumpliéndose sin intermisión un pacto sagrado, y todos, sea lícito decirlo, se han casado con la espada. No se confunda, pues, el sacrificio del honor con el afecto á la esclavitud. Nuestros bizarros soldados nada más esperan sino el que se les absuelva de su palabra. Reconozcan los franceses y los aliados á los príncipes legítimos, y al momento el ejército, libre de su juramento, se colocará bajo el estandarte sin mancha tantas veces festivo de nuestras victorias, alguna vez de desastres, constantemente de valor, pero nunca de infamia.

Ningún obstáculo hallarán los reyes aliados á su designio si quieren seguir el único partido que puede asegurar la tranquilidad del país y de la Europa. Satisfechos deben estar del triunfo de sus armas. Nosotros, como franceses, debemos considerar esos triunfos nada más que como una lección de la Providencia, que nos castiga sin humillarnos. Podemos decir con seguridad que lo que era imposible bajo el reinado de nuestros príncipes legítimos acaba de llevarse á cabo bajo el de un aventurero. Los reyes aliados deben en lo sucesivo aspirar á una gloria más sólida y duradera. Constitúyanse con sus respectivas guardias en la plaza de la *Revolucion*, manden celebrar funerales sobre

el mismo sitio donde cayeron las cabezas de Luis y de Antonieta, y allí en aquel consejo de reyes, cuyas manos toquen el ara sagrada, sea reconocido Luis XVIII por rey de Francia, y aclamado por el pueblo postrado de rodillas y anegado en dulce llanto. Ese sería el magnífico y nunca visto espectáculo que los reyes aliados podrían ofrecer al mundo, seguros de que con el atraerian sobre sus cabezas una gloria que los siglos no alcanzarían á borrar.

Mas ya acaba de verificarse una parte de esos acontecimientos. Los milagros producen milagros. París ha visto, como Atenas, entrar en sus muros extranjeros que le han respetado en recuerdo de su gloria y de sus grandes hombres Ochenta mil soldados vencedores han dormido al lado de nuestros ciudadanos, sin turbar su reposo, sin cometer la menor violencia, sin entonar siquiera un cántico de triunfo. Libertadores son ciertamente esos soldados que rehusan considerarnos como conquista. ¡Gloria inmortal á los soberanos que tal ejemplo de moderación en la victoria han sabido dar al mundo! ¿Cuántas injurias tenían que vengar! Pero no han confundido á los franceses con el tirano que los oprime. Por eso han recogido el fruto de su magnanimidad, siendo recibidos por parte de los habitantes de París como si fueran sus verdaderos monarcas, como príncipes franceses, como Borbones. No tardaremos en ver á los descendientes de Enrique IV; Alejandro nos lo ha prometido: se acuerda que el contrato de casamiento del duque y la duquesa de Angulema está depositado en los archivos de Rusia. Fielmente nos la ha conservado el postrer acto público de nuestro legítimo gobierno, y por último lo ha traído al tesoro de nuestros documentos nacionales, en donde á su vez se conservará la relación de su entrada en París, como uno de los más interesantes y gloriosos momentos de la historia.

No separemos, sin embargo, de los dos soberanos que se hallan en la actualidad entre nosotros al otro soberano que por la causa de los reyes y el reposo de los pueblos ha hecho el mayor de los sacrificios; y que como monarca y como padre, encuentra la recompensa de sus virtudes en la ternura, gratitud y admiración de los franceses.

Y qué francés, en efecto, podría olvidar lo que debe al príncipe regente de Inglaterra, al noble pueblo que tanto ha contribuido á salvarnos? Las banderas de Isabel ondeaban en los ejércitos de Enrique IV, y ahora vuelven á presentarse en los batallones que acompañaron á Luis XVIII. Somos muy sensibles á la gloria para no admirar á ese lord Wellington que de un modo tan vivo recuerda las virtudes y talentos de Turena. Sintióse uno conmovido hasta derramar lágrimas cuando se le vió prometer en el momento de la retirada del ejército francés, en Portugal, dos guineas por cada prisionero de aquel ejército que le presentaran vivo. Por la única fuerza moral de su carácter, más bien que por el vigor de la disciplina militar, ha contenido como por milagro al pisar el territorio de la Francia el resentimiento de los portugueses y la venganza de los españoles: por último, bajo sus banderas es donde resonó el primer grito de *viva el rey!* á cuyo eco se dispertó la desgraciada patria; en vez de traer á un rey de Francia cautivo, el nuevo príncipe Negro ha traído á Burdeos á un rey de Francia rescatado. Cuando el rey Juan fue conducido á Londres, conmovido por la generosidad de Eduardo, se abrió á sus vencedores y vino á morir en la tierra del cautiverio: como si hubiese previsto que aquella tierra sería en lo sucesivo el postrer asilo del último vástago de su raza, y que algún día los descendientes de los Talbot y de los Chandos darían asilo á la posteridad proscripta de los La Hire y Duguesclin.

Franceses, amigos, compañeros de infortunio, olvidemos nuestras disensiones, nuestros odios y nuestros errores para salvar la patria: abracémonos sobre

las ruinas de nuestro amado país y llamando en nuestro socorro al heredero de Enrique IV y de Luis XIV, venga á enjugar el llanto de sus hijos, á dar la felicidad á su familia y á cubrir caritativamente nuestras úlceras con el manto de San Luis, medio desgarrado por nuestras propias manos. Fijemos la atención en que todos los males que sufrimos, la pérdida de nuestros bienes y ejércitos, las desgracias de la invasión, la muerte violenta de nuestros hijos, las desavenencias y descomposición de toda la Francia y la pérdida de nuestras libertades son obra de un solo hombre, y que asimismo todos los bienes que en sentido contrario vamos á gozar, tampoco los deberemos más que á uno solo. Restene, pues, en todos los ángulos de la patria el grito de salvación, el grito que nuestros padres repetían así en la desgracia, como en la victoria, y que para nosotros es prenda segura de paz y de ventura: **VIVA EL REY!**

COMPIEGNE.

ABRIL 1814.

HABIASE anunciado que el rey llegaría al palacio de Compiègne el 29 de abril; multitud de personas llegaban continuamente de París: todos como en tiempo de Enrique IV *tenían hambre de ver un rey*. La guarnición de aquel punto se componía de un regimiento suizo y de varios destacamentos de la guardia de infantería y caballería. Notabase en todos los semblantes la impaciencia por ver al monarca, y cierta mezcla de admiración, temor, amor y respeto. Cada hora llegaban correos anunciando la aproximación del monarca. De repente se oye tocar llamada: un carruaje tirado de seis caballos, entró en el patio del palacio, donde se hallaban formados en dos filas los guardias nacionales de Compiègne y los soldados suizos, llevando los primeros á modo de faja una ancha banda blanca: en la entrada del patio había un destacamento de lanceros de la guardia, y los granaderos formaban en el vestíbulo. Detúvose el carruaje en la puerta exterior, y la multitud que por todas partes le rodeaba, vió bajar no el rey, sino un venerable anciano apoyado en su hijo: era el príncipe de Condé y el duque de Borbon. Antiguos servidores de la casa de Condé que habían pasado apresuradamente á Compiègne, dieron gritos de alegría al ver á su antiguo señor, y sin ser dueños de reprimirse, se lanzaron sobre él besándole entre sollozos, las manos y hasta los vestidos. Sin embargo, todos los ojos buscaban con ansiedad otro príncipe que debía estar con estos. Habiéndose anunciado el conde de Lostanges el príncipe de Condé le echó con efusión los brazos al cuello diciéndole: *¡Ah! Si... ¡El conde de Lostanges! — Eras coronel de mi regimiento de Enghien*. El príncipe subió en seguida la escalera del vestíbulo, apoyado en el brazo de su hijo, entre los granaderos de la guardia. Todos los presentes tuvimos ocasión de ver á los valientes soldados cubiertos de cicatrices, condecorado su pecho con la cruz de la legión de honor, y su gorra de pelo con la ancha escarapela blanca, llorando al hacer los honores militares á los dos Gonds, á los representantes de la antigua gloria de la Francia, así como aquellos soldados que les saludaban, eran dignos testigos de la moderna. No es posible definir la alegría mezclada de pena que se experimentaba al ver los dos últimos vástagos del vencedor de Rocroi, aquellos dos príncipes tan bizarros, ilustres y desgraciados; cerca se hallaban en aquellos momentos de Chantilly, que ya no existe; pero faltando el heredero ¿qué importa la herencia?

Por último, llegó el rey. Su carroza marchaba precedida de generales y mariscales de Francia que ha-

bian salido á recibir á S. M. No puede decirse que se dieron gritos de *viva el rey!* porque la multitud prorrumpió en un clamor continuo y confuso, en el que no era posible distinguir nada mas que acentos de júbilo y de ternura. Al descender el rey de su carroza, sostenido por MADAMA, la duquesa de Angulema, la Francia creyó ver á su padre. Ni el rey, ni MADAMA, ni los mariscales, ni los soldados podían hablar. Las lágrimas servían de palabras, y ciertamente eran los menos enternecidos los que tenían aliento para gritar *viva el rey!* *viva nuestro padre!* sin poder tampoco articular mas palabras que esas. S. M. llevaba una levita azul, sin mas distintivo que una placa y charreteras: sus piernas estaban envueltas en unos anchos botines de terciopelo encarnado, bordadas con tren-cilla de oro. Su modo de andar es penoso, pero el ademán es noble é interesante: su estatura nada tiene de particular; la cabeza es magnífica, la mirada magestuosa como la de un rey, y brillante como la de un hombre de talento. Al verle sentado en una silla de brazos, con sus botines á lo antiguo, y su baston entre las piernas, cree uno estar viendo á Luis XIV á los 50 años.

MADAMA vestía un traje blanco, y su cabeza estaba cubierta con un sombrerillo del mismo color, según la moda inglesa. Si algo puede sobre la tierra dar idea de un ángel por la hermosura, la modestia y el candor es ciertamente la hija de Luis y de Antonieta: sus facciones son una feliz combinación de las de sus padres, y cierta expresión de dulzura y de tristeza que se ve brillar en sus ojos, anuncia lo mucho que ha padecido: hasta en su traje, algo extranjero, se descubren huellas de su largo destierro. Sus labios no dejaban de repetir, llorando y riendo á un mismo tiempo. *Qué feliz soy al verme entre mis buenos franceses.* Palabras en verdad altamente dignas de una princesa que en los palacios del extranjero echaba de menos las prisiones de Francia.

Así que llegó al aposento que le estaba preparado, el rey tomó asiento en medio de la concurrencia. Presentáronle las señoras que se hallaban en Compiègne, y á cada una de ellas dirigió las mas lisonjeras palabras. Igual presentación tuvo lugar respecto de MADAMA. Hallándose el rey algo cansado y á punto de retirarse dijo á los señores mariscales y generales. *Señores, soy muy feliz en hallarme en medio de vosotros, y añadió con un acento que es preciso haber oído para comprenderlo: Soy FELIZ Y ME ENVANEZCO.* Luego prosiguió. *Espero que la Francia tendrá en lo sucesivo la dicha de no necesitar ya de vuestros talentos; pero en todo caso, añadió S. M. poniéndose en pié con ademán noble y resuelto, como buen descendiente de Enrique IV, por afligido que me halle de la gota, no dejaré de ponerme entre vosotros, diciendo estas palabras á través del grupo entre las repetidas aclamaciones de viva el rey!*

A las ocho se sirvió la comida. El rey, MADAMA, el príncipe de Condé el Duque de Borbon, los señores mariscales y generales, los gentiles hombres de servicio, las señoras camaristas de MADAMA, la duquesa de Angulema; la señora de Montboissier, hija de Mr. Malesherbes; las duquesas de Duras, la condesa de Simiane y otras personas de distinción convidadas por S. M. tomaron asiento en la mesa. El salon estaba tan lleno de gente que apenas podía hacerse el servicio. En medio de la comida el rey tomó un vaso de vino, y dirigiéndose á los mariscales les dijo: *Señores brindemos por el ejército.* Acabada la comida S. M. volvió al salon de recibimiento. Todos los concurrentes querían estar de pié; pero el rey mandó sentar á su derecha á los mariscales y generales. Estos bizarros capitanes han quedado sumamente obligados por esta bondadosa complacencia del soberano, y sin duda en aquellos momentos tendrían muy presente que el extranjero sin tener ningún miramiento á su edad, á

sus trabajos ni á sus heridas les tenía horas enteras de pié, como si para él consistiera el respeto en los males que hacia sufrir á sus servidores. Sabido es que el rey reune á sus demás buenas cualidades mentales una prodigiosa memoria, como lo ha acreditado al hablar con las personas que le rodeaban. Al ver andar con dificultad al mariscal Lefebvre algo atormentado de la gota, le dijo: *¿Que es eso, mariscal, ¿sois tambien de los nuestros?* Al mariscal Mortier, le dirigió estas palabras: *Señor mariscal, cuando no eramos amigos, guardásteis hácia la reina, mi esposa, consideraciones que ella no quiso que me fueran desconocidas; y ahora las tengo presentes.* Al mariscal Marmont preguntó: *¿Fuisteis herido en España, y estuvisteis cerca de perder un brazo?* «Así es, SIRE, respondió el mariscal, pero lo he recobrado para el servicio de V. M.» Los mariscales Macdonald, Ney, Moncey, Serrurier, Brune, el príncipe de Neuchatel, todos los generales y todas las personas que se hallaron presentes merecieron oír igualmente las afectuosas palabras por parte del soberano; de manera que no hubo corazón que no quedara cautivado. Aquel rey sin armas, podía decir de sí mismo lo que se dijo respecto de Enrique IV, que reinaba sobre la Francia

Por derecho de espada y derecho de cuna.

Por todas partes no se oía mas que *¡Ya verá como le serviremos! Suyos seremos mientras vivamos.* Todos los interesantes desterrados que habían vuelto con su señor y todos los oficiales del ejército se estrechaban la mano diciendo: *¡no mas facciones! ¡no mas partidos!* Viva Luis XVIII. Tal es en Francia la autoridad del soberano legítimo, esa magia que acompaña al nombre de rey. Un hombre que acababa de llegar sólo del destierro, despojado de todo, sin comitiva, sin guardias, sin riquezas, nada podía dar, ni casi prometer. ¿Quién era este hombre? Era el hijo de San Luis, era el rey. A esta palabra todo se postraba á sus piés: el ejército, la grandeza, el pueblo: un millon de soldados arden en deseos de morir por él, y le dan á entender que puede pedirles cuanto quiera aunque sea sus hijos, su vida y su fortuna, con tal que les deje en posesion de esa única cosa de que pueden disponer, y cuyo sacrificio ningún rey de Francia impondrá á sus vasallos, ¡EL HONOR!

DE LA SITUACION DE FRANCIA.

EN 4 DE OCTUBRE 1814.

ACOSTUMBRADOS desde hace mucho tiempo á los prodigios apenas reparamos en los que en la actualidad pasan á nuestra vista, y sin embargo puede decirse con certeza que de cuantos se han llevado á cabo de algunos años á esta parte ninguno merece mas admiracion que la felicidad que goza en este momento la nacion. ¿Podía esperar razonablemente la Francia una calma tan profunda despues de tan deshecha borrasca? Para juzgar con acierto de la posicion que ocupa en el mes de octubre, recordaremos el estado en que la nacion se veía en marzo del mismo año.

La Francia se veía invadida desde el Rin hasta el Loire, desde los Alpes hasta las montañas del Auvergne, y desde los Pirineos hasta el Garona. París estaba lleno de enemigos. Quinientos mil rusos, alemanes y prusianos, estacionados en el otro lado del Rin, estaban preparados á secundar los esfuerzos de sus compatriotas por medio de una segunda invasion que habria acabado de desolar la Francia. España se disponía á franquear los Pirineos con el ejército anglo-ibérico. Mas de un millon de franceses habían sido llamados en menos de trece meses á los campos de batalla. Un insensato á quien las potencias extranje-

ras brindaban continuamente con la paz, se ostinaba en agotar el último hombre y la última moneda de las desventuradas Francia para sostener en lo exterior un monstruoso sistema de guerra y en lo interior una tiranía aun mas monstruosa. Si conseguía prolongar la guerra, la Francia se veía expuesta á no presentar en el breve plazo de algunos meses mas que un monton de cenizas; si aceptaba la paz no podía esperarse que le fuera concedida sino bajo condiciones tan deshonrosas para él como para la nacion; habria sido preciso pagar enormes contribuciones cediendo las plazas fronterizas en garantía de los tratados. Bonaparte, herido en su orgullo, burlado en su ambicion, hubiera cubierto el reino de proserpciones y luto. Ya estaban redactadas las listas, designadas las víctimas y las ciudades enteras condenadas: á las confiscaciones y expropiaciones hubieran seguido los suplicios, la guerra civil habria tal vez coronado todas las desolaciones de la guerra extranjera, y un despotismo sangriento se habria impuesto acaso para siempre sobre las ruinas del país.

¿Cuál era en aquel instante la única esperanza? Una familia á la que habíamos abrumado con todo género de males en recompensa de los bienes que desde tantos siglos atrás venía derramando sobre nosotros! Una familia desterrada, casi puesta en olvido por parte de sus crueles hijos, no encontraba en país extranjero ni recuerdos, ni auxilios. No era por ella por quien se batian: ninguna de las calamidades que á consecuencia de una guerra desastrosa padecía la Francia en aquella época, podía ser imputada á esta familia: en Chatillon se negociaba de buena fe con Bonaparte. Apenas se permitía á MONSIEUR seguir casi solo y desde muy lejos los ejércitos invasores, y luego regresaba á pasar la noche entre las ruinas que Bonaparte habia hecho, á enjugar las lágrimas de los aldeanos que se agrupaban á su alrededor y á socorrer á los quintos heridos, finalmente ya que no le era dado ejercer las prerogativas reales, ponía en práctica todas las benéficas virtudes que habia heredado de la sangre de San Luis. Monseñor el duque de Angulema no figuraba sino como simple voluntario en el ejército de lord Wellington: en Jersey, Monseñor el duque de Berry pedía en vano por favor que se le dejara con dos de sus ayudantes en las costas de Francia: era tan poco lo que sus denodadas empresas prometían que habia mandado renovar el arriendo de su casa en Londres.

En momento tan desesperado es cuando la Providencia acabó la obra de la que habia querido encargarse sola á fin de que su mano fuese mas visible á todos. Los extranjeros entraron en París: Dios tocó el corazón de los príncipes, abrió los ojos de los franceses y un grito de *viva el rey!* salvó al mundo. Bonaparte gritó que le habían hecho traicion. ¡Traicion, Dios eterno! ¿Y quién habia de hacérsela no siendo él mismo? ¿Vióse nunca una fidelidad mas extraordinaria, mas interesante que la de su ejército? Jamás los soldados franceses mostraron mas heroísmo que en el momento en que detestando al autor de tantos infortunios, respetaban aun en su persona al general, y seguramente hubieran perecido con él, si él hubiese tenido aliento para morir.

Mas despues que hubo arrebatado su vida juntamente con los millones que habia tenido valor de pedir, la Francia se volvió hácia su verdadero padre que volvía del destierro sin capitulaciones, tratados ni tesoros, con las manos vacías como habia salido del reino pero con el corazón henchido de aquella ternura, de aquella misericordia tan natural á la raza de los reyes de Francia.

¿Qué es lo que encontró este rey al llegar? Cuatrocientos mil extranjeros en el corazón del reino, mil setecientos millones de deudas, ejércitos desorganizados y que hacia ya varios meses que no co-

braban sueldo, mas de treinta mil oficiales que tenían derecho á una colocacion y á recompensas, 400,000 prisioneros prontos á volver á su patria y á complicar la situacion del momento, una constitucion que confectionar, temores que calmar, esperanzas que cumplir en presencia de los partidos y por último todos los elementos de una guerra civil. A muchas personas les parecia acertado que el rey en medio de tantos apuros, no conociendo el terreno sobre que iba á marchar, ni el estado de las opiniones, ni el carácter de sus vasallos retuviera cerca de su persona una fuerza extranjera. El rey desechó noblemente esa idea: una paz honrosa hizo salir del reino á los aliados sin costar al país ni contribuciones, ni plazas fuertes: conserváronse las antiguas fronteras y aun se ganó en territorio por el lado de Savoya. Fueron tambien respetados los monumentos artísticos y todo fue fruto del aprecio de los aliados al monarca francés.

Una carta aseguró los derechos políticos de la nacion. Aquel ejército tan incómodo por el número no tardó en ver como por encanto pagados casi todos sus atrasos, y el resto será satisfecho sin mucho tardar. Los oficiales que no han podido ser colocados en la nueva organizacion del ejército cobran en el seno de su familia una pension que les proporciona aquella honrosa existencia propia de la gloria. La propiedad se halla garantida; la confianza renace; la industria ha vuelto á recobrar su actividad: todo camina á un estado próspero. La moderacion, el talento y las virtudes de un solo hombre han obrado esos prodigios que no han costado ni una sola gota de sangre á la Francia; nadie ha sido molestado ni perseguido por su opinion: ninguna cárcel se ha abierto sino para dejar salir alguna víctima de las anteriores turbulencias, ningún acto arbitrario del poder se ha mezclado con tantos actos de demencia y de bondad! Estamos demasiado cerca de esta época feliz para apreciarla según se merece; pero la historia presentará las maravillas que en ella han sucedido á la admiracion de los hombres, y al sobrenombre de Luis el *Desecado* añadirá el dictado de *Sabio* que la Francia ha tenido ya la gloria de dar á uno de sus reyes. Si se hubiese dado crédito á lo que decían algunos, interesados sin duda en esparcir alarmas, la Francia iba á quedar convertida así que llegaran los Borbones en un teatro de reacciones y venganzas. ¿Qué podrían decir esas personas en la actualidad? ¿Cómo! ¿Ni una ejecucion ni un encarcelamiento, ni un destierro ha ocurrido que haya podido acreditar sus profecías! Al regresar Carlos II á Inglaterra el Parlamento hizo sentenciar á varios culpables: al regreso de Luis XVIII á Francia, todo el mundo ha conservado la vida, la fortuna y la libertad; nada hay perdido para ciertos hombres *menos el honor!* Cualquiera que sea la opinion que se haya tenido, la generalidad está acorde en decir que en ningún tiempo ha habido para la Francia una época mas afortunada que los cuatro meses que han pasado desde el restablecimiento de la monarquía. No hay francés alguno que no sienta en sí mismo el convencimiento de su salvacion y de su plena libertad. Cada cual se acuesta seguro de que á media noche no vendrán á despertarle por ser arrastrado ante un tribunal militar por los esbirros de la policia, ó por los gendarmes. El propietario sabe que conservará su fortuna; la madre su hijo, ni tiembla ya esta al ver un edicto en las esquinas creyendo que sea un nuevo decreto de quintas. El labrador, ni el artesano no tienen ya que andarse atormentando en discurrir cómo podrán librar del servicio al único hijo que les queda el quinto que ya no lo es, no tiene que recurrir al bárbaro medio de mutilarse para librarse de la muerte. Solo las contribuciones son las que siguen pesando sobre la Francia, mas por lo menos hay la certeza que no serán arbitrariamente impuestas por la primera autoridad del Estado, ni por los prefectos, subpre-